



# Los libros del Paraíso (y del Infierno)

Por Virginia Arlington

Foto de Pablo Porciúncula

Lo dijo una vieja editora. Vieja cronológica no, sino por los años que llevaba editando libro tras libro. “Leer no hace que las personas sean mejores o más buenas. Y escribir tampoco”. Lo dijo con esa solvencia desilusionada que adquieren algunos cuyo oficio los tiene hasta la coronilla. Aunque, si pudieran vivir otra vez, no elegirían otro en el mundo.

Yo venía del periodismo. Un mundo que, en ese momento, quería cambiar por otro más estable, más pausado, más acorde con los ritmos a escala humana. Me imaginaba leyendo un original en la oficina, pies sobre el escritorio, subrayando, comentando... hasta con música de fondo. Era Bob Marley. Y en ese instante, al escuchar a aquella vieja editora en aquel taxi que atravesaba la ciudad de Buenos Aires hacia una reunión de trabajo, y a poco de haber ingresado al mundo de la industria del libro, comenzaron a caerse algunas de las que yo creía verdades. La primera estaba referida a aquella sentencia que asegura que, además de tener un hijo y plantar un árbol, hay que escribir un libro.

Con cinco años de ejercer este oficio hice un experimento. En el cumpleaños de un amigo tomé nota de la cantidad de gente que se acercó a ofrecerme propuestas de libros. En veinte minutos de festejo, recibí cinco planteos: la experiencia de adoptar niños, cómo es ser gay en nuestra sociedad, crónica de un recorrido (supuestamente) sagrado por Latinoamérica, un tratado de sociología y una serie de entrevistas a personas encarceladas. No hay escapatoria. No la hay, literalmente.

Al día siguiente de aquel cumpleaños tornado en reunión de trabajo, acudí al homeópata para resolver una alergia ocular. Pasados unos escasos cinco minutos de consulta, el médico planteó que tenía un “libro en la cabeza” y que no encontraba tiempo para escribirlo. Y pasó a detallar su idea, que era brillante, por cierto.

A no mal interpretar: sin propuestas de libros, no habría libros, y yo no tendría trabajo. Así que agradezco a diario las ideas que recibo. Pero, como dice el presidente José Mujica y muchos otros antes que él: “Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa”. Tener una serie de ideas en torno a determinado fenómeno no quiere decir que automáticamente haya que plasmarlas en un libro. O, si se quiere, se las puede escribir y dejarlas allí, tranquilas, sin necesidad de ser convertidas en ese objeto tan venerado. Las ideas, las narraciones son para ser comunicadas –no me trago la pastilla de “yo solo escribo para mí”– pero no todas merecen un libro.

Virginia Arlington::  
(Montevideo, 1967)  
es periodista (Universidad Católica del Uruguay).  
Trabajó en varios medios de comunicación como *TV Ciudad*, revista *Tres*, radio *El Espectador*, diario *El País*, entre otros. Integró el equipo que en 1994 ganó el premio Rey de España al periodismo internacional por una serie radial para la BBC de Londres. Entre 2005 y 2010 integró el equipo de Ediciones Generales del Grupo Editorial Santillana, desarrollando proyectos editoriales junto a autores como Marcelo Estefanell, Gerardo Caetano, Claudia Amengual, Rodrigo Arocena, Natalia Trenchi, Julio María Sanguinetti, Blanca Rodríguez, Mauricio Rosencof, Tabaré Vázquez, entre tantos otros. Actualmente dirige su propio sello editorial, PalabraSanta ([www.palabrasanta.com.uy](http://www.palabrasanta.com.uy)).

Parece ser que estos “mandamientos” –hijo, árbol y libro– derivan de un viejo relato de tradición islámica que refiere al balance final que toda vida humana atraviesa luego de ser vivida. ¿Qué se hizo bien, qué se hizo mal? Y el saldo será recompensado o castigado, en este caso, por Alá. Según esta creencia musulmana, hay una serie de actos que tienen consecuencias, aun después de la muerte. Consecuencias para quien ya murió, es decir, que inclinarán la balanza hacia el Paraíso o hacia el Infierno. Y ahí aparecen el árbol, el hijo y el libro. Todos objetos (o sujetos) que tienen que ver con la trascendencia. Son ejemplos; NO hay que tomarlos de manera literaria. Por el amor de Dios. O de Alá.

“En cuanto al libro que se cita en el famoso dicho, hace referencia al saber o al conocimiento que puede dejar alguna persona tras unos estudios o unas investigaciones. Sin embargo, dicho conocimiento debe ser beneficioso y provechoso para la gente, ya que si fuera al contrario, todo el mal que pudiera dejar alguien, ya sea ello en forma escrita o materialmente, y la gente, se viera perjudicada por ello, todos los males que pudiesen acarrear de dichas obras, serán tomados en cuenta por Alá, no solo contra la persona que lo hizo, sino también contra aquel que los transmite, los divulga o los materializa”, explicó Vicente Mansur Mota, imán del Centro Cultural Islámico de Valencia, en su blog.<sup>1</sup>

La idea central es entonces la trascendencia y NO publicar un libro. Hasta hay escritores que coinciden con esto. Es el caso del argentino Isidoro Blaisten que, en entrevista con el diario *La Nación*, ilustró: “El viejo adagio dice: plantar un árbol, tener un hijo, escribir un libro. Pero dice uno, no catorce, y tampoco dice que a ese libro haya necesariamente que publicarlo”.<sup>2</sup>

A lo que voy, y ya se ha dicho antes, por el ingeniero y escritor mexicano Gabriel Zaid, entre otros, es que hay demasiados libros. Se estima que se publica uno cada medio minuto. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, un libro, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, un libro. Y así.

Entonces, ¿cuál es la función de un editor en esta epidemia de palabras impresas? Saber decir que NO. Saber elegir cuáles son los libros que llevarán a la humanidad al Paraíso. Al terrenal o al de allá arriba.

1::

<http://zamzamweb.blogspot.com>

2::

Rey, P.: “Entrevista con Isidoro Blaisten, Cuidado con el lector puro”, diario *La Nación*, Buenos Aires, 1 de agosto de 2004.

¿Cómo hacerlo? Eso es motivo para otro artículo. Hay una larga lista de criterios a tomar en cuenta. Por mi parte, tengo aseguradas unas cuantas parcelas en el Infierno. ■■